

Elegía a un soldadito muerto en una revolución sudamericana

—Envío del autor—

A Alfonso Reyes

Yo te ví, soldadito muerto,
cuyo nombre no sé.
Tendido estabas en la esquina de mi casa, ¡qué tranquilo!
Parecías borracho que amanece un lunes sin ganas de trabajo.
Solito, desamparado, con qué ternura te abrazabas al fusil!
La mañana llena de pájaros ¡el mar cantando bajito . . .

—Es Juan, el carpintero, dijo un mulato,
¡la Iracema nada sabe! . . .

Juan: no has aserrado tu cajón,
¡ahora te van a enterrar en la tierra pelada.
Mejor! Así te convertirás en seguidita en flor,
en pájaro, en café . . .

Yo te ví. No se me olvidará tu cara amarilla,
tu uniforme caquí, tu chalina sucia. ¿Te habían robado el
espadín?

Los hombres charloteaban como moscas,
¡yo era una mosca más
al pie de tu cruz, carpinterito del Brasil.
Pero no hagamos poesía. No había cruz.
2 ladrones, quizá. 3 ladrones, quizá. Yo también fui a robar
el dolor sin consuelo de tu cara en mi pañuelo.

Tendido sobre el asfalto; como una cáscara de plátano,
servías para que las moscas dijeran, eruditas:

—Pobre! Parece que la bala le ha entrado en un pulmón.
(Allí debe estar como una abeja
junto al polvo de aserrín que respiraste en la vida . . .
Si no fuera barata ¿estaría en tu dedo esa sortija?)

Tú nada les decías. Ni siquiera mirabas a esta Señorita
que se miraba en su espejito mientras decía:—Pobrecito!
¿Quién sería el malvado que lo mató?

(Ha comparado con la tuya, con barba de 2 días
su cara tan bonita).

Pero tú fumabas impasible
un hilito de sangre como el puchito de Carlitos.

No acusabas a ninguno! ¡ todos te hemos matado, soldadito!

Ah, qué ganas tenía de sentarme en el suelo a tu lado,
llorar unas lagrimitas triviales, como un compadrito de jerga,
¡y conversar:—Amigo carpintero, hoi estábamos de farra
con la Iracema ¡y sus amigas, aquellas morenitas . . .

Bueno: se acabaron los celos con el zapatero Domingo,
definitivamente te has curado aquella tosesita.

Has muerto. ¿Sabes? ¡Has muerto! ¡ sin hacer aspavientos,
sin decir 7 palabras, sin Magdalenas, sin Marias,
¡ estás aquí sin esperanza de un Tercer Día.

Has muerto, esto es todo. Has muerto sin porqué? En nombre
de qué?

Para redimir a quién, soldadito, carpinterito?

Alberto Guillén

Santiago, 1931. (Aumada 351).

Manifiesto de los intelectuales de Chile al país

= De El Diario Ilustrado. Santiago de Chile. =

De nuevo le sentimos el pulso a Chile. Cartas nos llegan. Hay una de Julio 21 que nos dice:

Amigo García Monge, parece que, por fin, cae la tiranía en Chile. No ha sido abatida por la fuerza, sino por el desastre financiero. El tiranuelo llamó a sus enemigos a formar Gabinete, y éstos comenzaron por exigirle el retorno al régimen legal, con todas sus libertades.

Reflejo de la libertad de prensa, que nos faltó 6 años, es el manifiesto que aquí le va en recorte.

Hay otra que dice:

El país se ha endeudado en cinco mil millones o sea en mil millones por año desde 1927 en que ingresaron los militares al Gobierno. Desde la independencia debía sólo mil millones hasta 1927. Estos datos son más o menos; en el manifiesto al país de los intelectuales verá usted el cuadro pavoroso con precisión. ¿Se lo mandaron? Procuraré enviarle uno hoy en otro sobre. La cobardía en todo este período de dictadura ha sido grande. Por miedo no firmaron el manifiesto los empleados fiscales más o menos contaminados por la dictadura.

Dentro de poco saldremos de esta dictadura y volveremos con gran sacrificio a la normalidad.

El grupo de escritores firmantes cumple con un deber de ciudadanía al saludar la

vuelta al régimen de las libertades públicas. Creemos que los intelectuales del país no pueden permanecer indefinidamente al margen de la vida política, y que si queremos dar a nuestras instituciones la estabilidad necesaria, a fin de evitar la repetición de un régimen de fuerza, debemos todos expresar serena y claramente nuestra opinión acerca de sus deberes y derechos, haciendo así efectivos los principios teóricos sobre los cuales fue fundada esta república.

Hemos vivido los últimos cinco años no tan sólo sin poder hablar con claridad, sino, además, sin poder ver claro tras el velo de la censura. No pudimos decir lo que sentíamos, ni nos dejaron ver la extensión de los males que presentíamos ya. Las consecuencias de esta política las vemos en los desastrosos resultados de la crisis moral, económica y fiscal en que nos hallamos sumidos.

Con toda la fuerza de nuestro espíritu negamos que esta crisis sea puramente económica, o que sus causas puedan ser atribuidas exclusivamente a una depresión mundial. No; los males que sufrimos provienen en su mayor parte de errores que pudieron ser evitados, de falta de previsión y de experiencia, de la ausencia de una política definida y de haber dado hasta hace poco la preferencia en el Gobierno, no a los más capaces, sino a los más dóciles. De consiguiente, nos corresponde puntualizar sus causas inmediatas en el propósito de

precavernos contra la posibilidad de una repetición de las mismas falacias y errores que hicieron posible el abandono del régimen civil de gobierno.

Pero, ante todo, pedimos que se mantenga efectiva la libertad de prensa, la libertad de opinión hablada o escrita, sin lo cual la Constitución del Estado seguirá siendo letra muerta, y continuaremos expuestos a que volviera el divorcio entre los actos del Gobierno y la voluntad del país. Es preciso que los ciudadanos que tienen ideas o experiencia de los asuntos del Estado puedan presentarlas libremente al Gobierno y ante la opinión.

Tenemos la convicción de que todos nuestros compatriotas verán en nuestros nombres y en la obra que hemos podido realizar como escritores una garantía de que no nos agrupamos hoy para favorecer la vuelta de la reacción o de la demagogia. Creemos que le corresponde a Chile elaborar su propio destino de acuerdo con sus propias necesidades, y que la ley, libremente discutida y justamente aplicada, bastará para regenerar nuestra vida política y restablecer nuestra dignidad de ciudadanos. En esta obra de ilustrar la conciencia del pueblo y poner a su alcance los complicados problemas de gobierno, los escritores tienen un deber que a ningún otro puede entregarse con mayor confianza en una democracia liberal.

Al amparo de la censura y de la suspensión de las garantías individuales, los pla-